

Inolvidable...

Bere Cortés Campos

Era 11 de mayo de 2012. No tengo presente cómo empezó ese día ni qué hice antes de salir de casa, pero recuerdo que el día anterior hablé con ella por teléfono y se escuchaba más animada.

* * *

Un par de semanas antes yo me había ido a la Ciudad de México a visitar museos. Allá pasé mi cumpleaños y al estar alejada físicamente de mi familia tuve la sensación de estar más cerca. Hablé por teléfono con mi mamá y con Isi (mi hermano pequeño), y también recibí un mensaje de mi papá con una felicitación que me conmovió. No sé si en esos días lo noté, pero las exposiciones que fui a visitar eran principalmente de artistas mujeres, más tarde pensé sobre eso...

Regresé de mi viaje y de pronto vi lo que no había tenido capacidad de ver. Mi madre estaba enferma desde muchos meses antes, pero viéndola a diario no me percataba de ello, pues conservaba la imagen que me había formado de ella desde pequeña. Sí, noté su drástica pérdida de peso y la falta de su sonrisa, sabía de sus dolores y falta de ánimo, pero me fui acostumbrando a ello porque en mi mente seguía la figura de la mujer fuerte, joven, que reía a carcajadas hasta que las lágrimas llegaban a causa de tanto reír.

Cuatro días de no verla y a mi regreso me encontré con una imagen muy cruda, con la de mi madre haciendo todo el esfuerzo del que era capaz para sostenerse. Decía que cualquier postura le incomodaba, le cansaba estar de pie, estar sentada y también estar acostada. Eran los calurosos meses de abril y mayo, y ella sentía frío en su cuerpo. Casi no comía, nos decía que cualquier comida le causaba asco y le provocaba vómito. Entre las visitas a médicos del Seguro Social y médicos particulares; entre la ingesta de medicamentos cada vez más fuertes para combatir primero a la supuesta gastritis y después a la aparente bacteria que tenía en su estómago; entre los análisis de orina, de sangre, ultrasonidos y demás estudios; entre distintos diagnósticos y la larga espera para visitar al especialista, ella perdió alrededor de 30 kilos. Todavía me pregunto cómo fui capaz de acostumbrarme a verla así, cómo no hice más, mucho más.

Llegué el miércoles por la madrugada a casa. Dormí unas horas y al levantarme le pedí que nos fuéramos en ese momento a Urgencias, le dije que no podíamos esperar más, que teníamos que insistir para que el especialista la viera de inmediato. Tomamos el taxi, ella, Isi (que apenas tenía siete años) y yo. En cinco minutos estábamos en la clínica. Ahí, estuve insistiendo que el caso de mi madre era urgente y que no podíamos esperar más. Pregunté si yo tenía que buscar personalmente al especialista para acelerar el trámite o qué debía hacer, pero la respuesta fue la misma: “Es inútil insistir, la fecha de consulta es el 15 de mayo y no se puede cambiar”. Sin atender a lo que me dijeron, quise irme a la clínica donde estaba el especialista, pero mi madre pidió que fuéramos al día siguiente pues se sentía muy cansada y quería regresar a casa... Nos regresamos.

No recuerdo qué hicimos las horas siguientes, supongo que mi mamá intentaba descansar mientras yo le contaba a mi hermanito sobre mi viaje. Por la tarde-noche yo participaría en una exposición colectiva, así que una vez que mis otros dos hermanos llegaron a casa yo me fui a la exposición. Cuando regresé, ella ya no estaba.

—¿Y mi papá y mi mamá?

—Están en el Seguro, mi papá llegó y se llevó a mi mamá a Urgencias, les dijeron que se estaba deshidratando y traía temperatura, así que la internaron.

Al día siguiente siguió internada, la trasladaron a la Clínica 2 y ahí estuvo varios días. Adán y Alejandro, mis hermanos, mayores de edad, pero menores que yo, estaban en la clínica durante el día y mi papá se quedaba por las noches a acompañarla. Yo me quedaba en casa, al pendiente de Isi. El domingo fui a ver a mi mamá en el horario de visitas. Estaba en un pasillo muy estrecho que se estaba usando como área de Urgencias, ya que la sala destinada para esa función se estaba remodelando. Traía una de esas batas de hospital, lucía su cabello suelto y en sus blancos brazos sobresalían los moretones causados por los constantes piquetes para canalizarla. Me dijo que se sentía un poco mejor y que quería irse de ahí, que le molestaba la cama y que la almohada era muy dura. Le contesté que le mandaría una almohada blandita de la casa. Era la hora de la comida, llevaron su plato y estuvo comiendo, no recuerdo si se terminó todo, pero no necesitaba mi ayuda para sostener la cuchara, creo que sólo ayudé a sostener un momento el plato.

Pasaron otros días más. No tengo certeza qué día era cuando, por la tarde y con un fuerte calor, entré a mi cuarto, me recosté y me quedé dormida. Entre sueños oí que me hablaba: “¡Hija!”, fue todo lo que escuché.

El miércoles por la tarde llegué a la casa, no recuerdo de dónde. Se cumplía una semana de que yo había regresado de viaje y también ella cumplía una semana de estar internada. Mis hermanos estaban justo a la entrada de la casa, se recargaron en la camioneta de mi papá estacionada enfrente, yo me recargué en la puerta de la casa.

Las palabras exactas de esa conversación no las recuerdo, pero creo que fueron algo así:

—¿Cómo sigue mi mamá?

—(Sollozando) Nos dijeron que ya no tiene remedio, que tiene cirrosis hepática y que ya no se puede hacer nada. Se va a morir.

No lo creí. Era demasiado duro para ser verdad, además, ¿Cómo que no se podía hacer nada?

—Hay que consultar otros médicos, hay que investigar sobre esa enfermedad, hay que buscar opciones. Ahorita mismo busco información, algo debe poder hacerse.

Estaba viendo a mi hermano, con el que pasé mi infancia y adolescencia peleando, derrumbarse y para mí era exagerado porque, según yo, lo adecuado era tener la cabeza fría para actuar más eficazmente. No debíamos derrumbarnos, teníamos que actuar. Era 9 de mayo... Estuve leyendo algo sobre cirrosis esa noche y la mañana del día siguiente.

Ese jueves 10 de mayo ella cumplía 47 años de edad. Cada 10 de mayo la felicitábamos doblemente: por su cumpleaños y por ser madre. Ese día no le regalé un pastel como solía hacerlo casi cada año, pues ella estaba en el hospital. Cada año mi abuelita materna, su madre, la felicitaba ya fuera en persona o por teléfono. Si era fin de semana nos reuníamos a festejar a las mamás, si caía entre semana las felicitaciones se hacían por teléfono y el festejo se hacía después.

Mi abuelita estaba en Los Campos, el pueblo del que somos originarios. Ella no sabía que mi mamá estaba internada en la clínica. Todos sabíamos y nadie le decía porque temíamos por su salud. Mi mamá había pedido que no le avisáramos, pero ocultarlo iba a ser insostenible pues ella llamaría para felicitar a mi mamá y no podríamos mentirle. Tal como lo presentíamos, ese día mi abuelita se enteró que mi mamá estaba en el hospital, le dijeron mi abuelito y mis tíos.

No sé hacia dónde nos trasladábamos, pero recuerdo (como entre sueños) que por la tarde Isi y yo íbamos en un coche y hablamos con mi mamá por teléfono, la felicitamos, le mandamos abrazos y le preguntamos cómo se sentía, nos dijo que un poco mejor, se escuchaba más animada. Nos habían avisado que al día siguiente la darían de alta del Seguro Social, pero la daban de alta porque ellos ya no podían hacer nada...

* * *

Vuelvo al 11 de mayo. Sigo sin recordar qué hice antes de salir de casa (antes de irme a la primaria donde trabajaba), pero alrededor del medio día fui a llevar unos documentos de un proyecto que planeaba hacer. Me llevé a Isi, calculando que para la hora de nuestro regreso mi mamá ya estaría en casa. No me equivoqué.

Tomamos el taxi de regreso y cuando llegamos lo primero que vi fue la camioneta de mi papá, ya estaban ahí, adentro de la casa. Mientras pagaba al taxista, se estacionó otra camioneta. Eran mi tío, el hermano mayor de mi mamá junto con mi abuelita materna. Bajamos al mismo tiempo de los vehículos, Isi entró corriendo a la casa a ver a su mamá, a mi mamá, a nuestra mamá. Yo me apresuré a darle el brazo a mi abuelita para que sirviera de apoyo para caminar, su pierna hacía años había perdido fuerza luego de una cirugía en la que al parecer a los médicos se les pasó la anestesia, por eso caminaba lentamente y con molestias. Entramos juntas a la habitación de mis padres. Mi mamá estaba en la cama, estaba tomando una bebida con un popote de un vaso que una vecina le sostenía. Levantó la mirada, esos ojos verdes que todo mundo le chuleaba y que con la pérdida de peso se veían más grandes, pero nunca tan grandes como en ese instante que vio a su madre observarla en ese estado. Tuve la sensación de que sus ojos se saldrían de sus cuencas.

—¿Puede hablar, hija?

—Sí, abuelita, ayer Isi y yo hablamos con ella por teléfono.

Di por hecho que podía hablar, yo la había escuchado el día anterior, no habían pasado 24 horas desde entonces. Pero aunque movía sus labios y hacía todo el esfuerzo por hablar, su voz estaba apagándose.

No estoy segura si fue antes o después de que mi abuelita me preguntara si mi mamá podía hablar que volteé a ver el espejo ubicado frente a la cama en la que estaba acostada mi madre. Vi el espejo, supongo que en un giro casual de mi cabeza, y el reflejo que me devolvió es una de las imágenes más terribles que tengo en mi mente. En el reflejo vi la imagen de la muerte, la muerte ocupando el cuerpo de mi madre. Supe, sentí, que ya no se podía hacer nada.

Ahora me pregunto si no miré el espejo como esperando que el reflejo que me enviara fuera distinto, no sé...

Volteé a ver a mi abuelita, una mujer pequeñita, extremadamente delgada y acabada por las enfermedades padecidas desde muy joven. Se sentó en la cama que estaba al lado, esa mujer a quien todos considerábamos frágil físicamente mostró toda la fortaleza del mundo: serenamente sostenía el rosario entre las manos, rezando y viendo a su hija agonizar.

Poco a poco la casa iba llenándose de gente, llegaban mis familiares maternos y paternos, mis abuelitos, mis tíos y tías, sus parejas, mis primos y primas, ahijadas y compadres de mis papás... Ya que todos querían entrar a ver a mi mamá, había que hacerlo por turnos, mientras unos entraban, otros salían.

En uno de esos momentos salí y vi a Isi en la cochera, alguien le pedía que no llorara porque mi mamá lo escucharía y se asustaría. Yo le pedí a Isi que me acompañara a mi cuarto, que estaba en el segundo piso de la casa. Entramos, cerré la puerta y le dije que podía llorar si lo necesitaba y que si quería gritar lo hiciera tomando una almohada para cubrirse la boca y evitar que el sonido se escapara. Lo hizo mientras yo también lloraba en silencio. No supe qué otra cosa podía hacer. ¡Qué palabras le podía decir a un niño de siete años que acababa de ver a su madre al borde de la muerte, si yo estaba pasando por lo mismo! Yo tenía 28 años y en la figura de Isi me veía a mí misma de siete años perdiendo a mi mamá.

Una de mis primas subió al cuarto y me dijo que se llevaría a Isi a su casa para que no estuviera todo el tiempo en ese ambiente. Bajamos y mientras ellos se iban yo me dirigí a la habitación de mis padres, me subí completamente a la cama en la que estaba mi mamá y ya no me fui de ahí. Nadie me dijo, pero supe que mi lugar era ese.

Estaba ahí intentando atender a lo que ella necesitara, me costaba mucho trabajo entender sus palabras porque con el paso de las horas su voz cada vez se apagaba más, yo hacía todo el esfuerzo por mantenerme concentrada y leer sus labios de manera adecuada. Hacía mucho calor y ella tenía sed, me pedía agua y le daba de beber, pero como sus pulmones gradualmente se iban llenando de líquido, pensé, sentí, que darle mucha agua aceleraría el proceso, ¿pero con qué derecho le podía negar el agua? Intenté con pequeños tragos y desesperadamente ella trataba de dar sorbos muy grandes, mientras yo controlaba rígidamente el vaso. Luego opté por humedecer gasas y mojarle los labios, me lavé cien veces las manos para humedecer otras tantas gasas.

—(Casi sin voz) ¿Por qué están todos aquí?

—Porque todos la queremos mucho, mamá.

Los familiares seguían entrando por turnos a la habitación, pero yo no me movía de ahí. Casi todos salían llorando. Yo no. En mi mente me decía a mí misma: “En este momento no te puedes derrumbar, Bere, tienes que estar

aquí para lo que se necesite”. No lloré y ni siquiera se quebró mi voz como suele hacerlo cuando estoy afectada emocionalmente.

Después de un rato llegó una de mis primas paternas que veía a mi mamá como su segunda madre y al verla llamó a una ambulancia para llevarla a otro hospital. Llegó la ambulancia, entraron los paramédicos a la habitación y al observarla una paramédico nos dijo a mi papá, a mis hermanos y a mí:

—La verdad, no tiene mucho sentido llevarla a otro lugar porque, en su estado, lo que harán en cualquier hospital será tenerla en un área controlada. No los dejarán pasar a verla, no podrán estar todos con ella como aquí en su casa. Si nos la llevamos no les podemos garantizar cuánto tiempo estará con vida, pueden ser semanas, días u horas. Llevarla sólo alargará su agonía y probablemente morirá sola en una habitación mientras ustedes están afuera. Pero si quieren que nos la llevemos, nosotros lo hacemos, sólo que, como está consciente, ella debe estar de acuerdo.

Mi papá se acercó a ella:

—¿Vamos al hospital, Tere? ¡Vamos a seguir luchando!

—(Moviendo sus labios) No, la mujer dice que no tiene caso.

Entró mi tío, el hermano mayor de mi mamá:

—Ándale, chaparrita, vámonos al hospital a que ahí los doctores hagan la lucha porque estés mejor.

Mi papá (dirigiéndose a mi abuelito materno):

—Chepe, ¡convénczala!

Mi abuelito (con los ojos llenos de lágrimas):

—Yo no le puedo insistir, si ella no se quiere ir.

Ninguno de los presentes queríamos verla sufrir, pero estábamos frente a un dilema muy fuerte, porque los paramédicos decían que no era buena idea llevarla a otro lugar, pero, ¿y si por alguna razón, un milagro o algo, los médicos podían salvarle la vida?

Justo en ese momento recordé que las personas que más le preocupaban a mi mamá, no sólo cuando estaba enferma sino desde mucho tiempo antes, eran mi abuelita (su madre, por su siempre tambaleante estado de salud) e Isi (mi hermanito, su hijo más pequeño de apenas siete años, que dependía mucho de ella). Le pedí que accediera a ir al hospital, que lo hiciera por Isi y por mi abuelita...

Su respuesta:

—No.

Llegaron a mi mente los recuerdos de algunas charlas que tuvimos cuando ella estaba enferma, mientras estaba sentada en el segundo piso de la casa, asoleándose:

—¿Qué quiere hacer cuando se recupere, mamá? ¿Qué le gustaría hacer o a dónde quisiera ir?

—Sólo quiero estar bien para cumplir con mis obligaciones.

“Cumplir con sus obligaciones”, una respuesta tan contundente como dolorosa para mí. No imagino otras palabras que pudieran dejarme tan claro que su vida estaba basada en servir a los demás. Cumplir con sus obligaciones significaba limpiar la casa, cocinar, lavar la ropa de mi padre y mis hermanos, estar ahí para lo que ellos necesitaran y también cuidar a mi abuelita cuando fuera posible.

—Bueno, pues entonces hay que echarle ganas para que esté bien. Yo sé que se desespera por no poder limpiar la casa, lavar y cocinar, aunque yo digo que mi papá y mis hermanos pueden hacer sus cosas, tal como yo hago las mías, pero si usted quiere ayudarlos necesita estar bien primero. Sé que se preocupa mucho por Isi y por mi abuelita, pero piense que si uno quiere ayudar a los demás primero necesita estar bien uno mismo, de lo contrario no puede ayudar a nadie. No le digo que no piense en los demás, pero primero piense en usted.

—Pues sí, tienes razón.

Estas conversaciones pasaban por mi cabeza en el preciso segundo que ella me respondía que no iría al hospital, a pesar de que le pedí que lo hiciera por Isi y mi abuelita. Esta vez ella no pensó primero en los demás, pensó primero en ella y yo me sentí la hija más orgullosa y al mismo tiempo la más devastada, porque mi mamá estaba pensando primero en ella, pero era en el momento en que estaba agonizando, estaba decidiendo dónde morir. Tampoco en ese momento lloré. Nadie más insistió, mi mamá había tomado su decisión y lo había hecho totalmente consciente.

La familia seguía en la casa: en la cocina, en la sala, en la cochera y en la calle. Una de sus ahijadas más queridas le habló por teléfono desde la Ciudad de México y uno de mis primos que vive en Estados Unidos también marcó para conversar con ella. Ellos le hablaban mientras ella los escuchaba y aunque contestaba moviendo sus labios, su voz ya no era audible. Prácticamente se despidió de todos sus seres queridos, a algunos les decía que se cuidaran. A mí no me dijo nada, no me pidió que me cuidara, ni que cuidara a mi papá, ni a mis hermanos, ni siquiera a Isi, el más pequeño. Todavía hoy me pregunto si fue porque no quiso presionarme confiando en que yo tomaría la mejor decisión o porque la decepcioné tanto que ya no valía la pena aconsejarme nada.

El tiempo pasaba, se hizo de noche y yo me preguntaba cuántas horas habían pasado y cuántas más íbamos a pasar todos allí, así. Por única vez en mi vida, pensé: “ojalá se muera ya”, nunca había pensando eso cuando discutía con ella, nunca le deseé la muerte, hasta ese momento en que la veía sufrir de esa manera... cada vez le costaba más respirar, poco a poco le íbamos agregando almohadas en su respaldo, porque nos percatamos de que entre más horizontal estaba, le era más difícil respirar. Respiraba por la boca y se escuchaban una especie de crujidos que provenían no sé si de su garganta o de sus pulmones.

Llegó Isi, mi papá había pedido que lo llevaran de casa de mi prima, lo condujeron al cuarto a despedirse de nuestra mamá... a un niño de siete años... Estábamos alrededor de ella, ahí estaba mi papá, estábamos sus hijos Adán, Alejandro, Isi y yo, además de mi única tía materna, Eva. Yo estaba sobre la cama a la derecha de mi mamá y Eva estaba a su izquierda, ambas sosteniendo su espalda para que Isi la alcanzara. Justo cuando salió Isi de la habitación, mi mamá hizo el último intento por tomar aire, mientras una especie de vómito salió de su boca, asfixiándola. Ese fue su último aliento.

* * *

—Hola

—Hola, ¿qué onda?

—Se me acaba de morir mi mamá...

—Ahhhmm... ¿Ya saben los demás, ya les avisaste?

—¿Los demás?

—Sí, Tanex y Rolando.

—Ahh... No, ahorita le marco a Tanex.

—¿Estás en tu casa?

—Sí.

—Ahorita nos vemos.

* * *

(Mensaje de texto)

—Oye, mi mamá acaba de morir.

—¿Dónde estás? ¿Estás sola o con quién andas?

—Estoy aquí en la casa, con toda mi familia.

—Ahorita voy para allá.

—Ok.

* * *

—Hija, ¿nos puedes buscar la ropa que quieres que le pongan a tu mamá?

—Sí, tía, ahorita la busco... Yo creo que este traje blanco está bien.

—Sí, es bonito.

* * *

—Les voy a dar este manto de la virgen de Guadalupe que le trajeron de la basílica, para que se lo pongan en el pecho cuando la arreglen.

—Sí, papá, está bien.

* * *

—Bere, voy a ir a la funeraria a pedir el ataúd, ¿quieres ir para que lo elijas tú?

—No, prefiero quedarme aquí con mi papá.

—Ok.

* * *

—Bere, te buscan, acá afuera.

—Voy.

—¿Cómo te sientes?

—Como si estuviera soñando...

—¿Se van a quedar aquí?

—No, nos vamos a ir a Los Campos en un ratito, allá la vamos a velar y a sepultar.

—Ok.

Realmente me sentía como si estuviera soñando, tal como le contesté a uno de mis mejores amigos, mientras salía de la casa acompañada de él. Al caminar hacia afuera iba pensando que hacía 28 años y 11 días mi madre y yo habíamos estado juntas librando otra batallada, posiblemente muy parecida, una batalla entre la vida y la muerte, porque así imagino las escenas de parto... 28 años y 11 días antes yo nací.

En aquella ocasión ambas salimos con vida, esta vez no fue así y con cada paso tenía una sensación en mi cuerpo de agotamiento y pensaba que tal vez así se sentían las parteras justo después de hacer su trabajo. Tal vez así se sintió la partera que atendió a mi mamá en mi nacimiento. No sé por qué pensé en la partera, pero no creí sentirme como una mujer que acaba de tener un parto.

Llegaron los papás de mi amigo y me sacaron de mis pensamientos sobre el día en que nací:

—Hola, hija, ¿cómo estás?

—Tranquila.

—Lo que necesites, aquí estamos.

—Sí, muchas gracias.

Estuvieron poco tiempo. En cuanto se fueron volví a entrar a la casa. Adentro todo era movimiento, todos se organizaban para distribuirse en los vehículos y trasladarnos a Los Campos.

Hasta donde recuerdo, yo me fui con mi papá en su camioneta. No estoy segura si él condujo o lo hizo alguien más. Era de noche e íbamos en caravana toda la familia hacia el pueblo. Supongo que pasaba de la media noche cuando llegamos allá, a nuestra casa. A esa casa que construyeron mi papá y mi abuelito materno y en la que viví desde que tenía aproximadamente un año de edad y hasta que nos mudamos a la ciudad de Aguascalientes.

Mi papá empezó a mover los sillones de la sala para dejar espacio libre y acomodar el ataúd en cuanto llegara la carroza. No pasó mucho tiempo para que llegara.

A partir de ahí volví a perder la noción del tiempo. Velamos a mi mamá lo que restaba de esa noche, todo el día sábado y la noche del sábado al domingo. La misa de cuerpo presente sería el domingo alrededor del mediodía.

De todas esas horas que estuvimos velando el cuerpo tengo presentes algunos momentos. Me recuerdo sentada en un sillón, en silencio; también me puedo ver de pie al lado del ataúd observando a mi mamá por el cristal y ver sus labios resecoos unidos por una línea blanca que, supongo, era el pegamento para que su boca luciera cerrada. El color de la piel me parecía ligeramente verdoso y aunque tuve la impresión de ver que su pecho y rostro subían y bajaban como si estuviera respirando no dije nada. Me repetí en silencio que mis ojos me estaban engañando (como consecuencia de verla tan fijamente en esas condiciones) y que decir algo iba a generar un drama innecesario. Mi mamá no merecía que su hija comenzara a tratar de convencer a los demás que ella estaba respirando y entonces se preocuparan, porque yo no estaba aceptando la realidad. Además, en todas esas horas, cada familiar, amigo y conocido que llegaba se acercaba a verla en el ataúd y nadie dijo verla respirar.

En los años que han pasado ha habido momentos en que vuelvo a preguntarme: ¿y si de verdad estaba respirando, y yo no dije nada? Y me repito nuevamente que mis ojos me engañaron.

También hubo dos momentos en los que pude salir mentalmente de todo ese entorno. Uno fue cuando llegaron en un coche Tanex, Argel y Rolando, mis tres amigos, compañeros, confidentes, soportes y guías en muchas ocasiones. Estuvieron apenas unos minutos o así lo percibí. No entraron a la casa, nos saludamos y me abrazaron afuera, justo frente al álamo que está dos casas delante de la nuestra. Aunque fue muy poco tiempo, agradecí verlos allá.

El otro momento fue cuando llegó Pedro, otro de mis amigos más cercanos y con el que en una época compartí pensamientos, preocupaciones y alegrías; con quien lloré de tristeza y con quien logré llorar de risa, como mi mamá lo hacía. Él tampoco entró a la casa, nos sentamos al lado de las escaleras de la entrada principal mientras volteábamos a ver el cielo. En la calle todavía estaban colgados los adornos de hule verde y amarillo que los vecinos colocan cada mes de marzo por el día de San José, santo patrono de Los Campos. El viento movía esas tiritas de hule mientras Pedro me decía que parecía como si fueran un piano. Pensar esa idea fue un respiro profundo para mi mente, era una imagen muy bonita que tenía sentido, frente a todo el sinsentido que había a mi alrededor.

Todo era como un sueño, desde mis ojos el ambiente estaba invadido de una lenta confusión. Tengo presente las palabras de muchas mujeres llegando a darme el pésame, sé que eran mis primas, tías, esposas de mis tíos, vecinas de Aguascalientes, vecinas de Los Campos, amigas y comadres de mi mamá. No recuerdo especialmente el rostro ni la voz de ninguna de ellas, sólo las frases que me decían: “Ahora tú eres la mamá de Isi”, “Ahora tú eres la mujer de la casa”, “Ahora te toca a ti cuidar a tu papá y a tus hermanos”. Yo me quedaba callada, escuchando esas palabras que sonaban como una lápida que enterraba mi sueños y mis decisiones. Quiero pensar que no se daban cuenta de lo cruel que eso era para mí. Todavía no podía asimilar el hecho de que mi mamá había fallecido horas antes y ya sentía que también las mujeres querían arrancarme la vida a mí, querían que dejara de ser quien era, para vivir otra vida cumpliendo con las labores que mi mamá ya no podría hacer.

El último recuerdo que tengo de todas esas horas fue un momento por la noche, supongo que del sábado. Me sentía muy cansada y el sueño me estaba venciendo. Mi papá me insistió en que me fuera a dormir, que me acostara en su cama porque la que yo suelo usar estaba ocupada. Así lo hice, pero me acosté bocabajo, en diagonal y a los pies de la cama con la intención de quedarme despierta y resistiéndome a acostarme en el lugar en el que dormía mi mamá en esa cama. Todo lo simbolizaba y trataba de evitar cualquier cosa o acción que pareciera que yo iba a ocupar su lugar; ella era y es irremplazable.

Llegó el domingo y se hacía la hora de ir a misa. No sé si me fui caminando al templo o en un vehículo, no sé si iba sola o acompañada. Recuerdo estar en el templo en una de las bancas más cercanas al altar, al lado del ataúd, del cuerpo de mi madre que estaba al centro, frente a San José.

Cuando terminó la misa salimos del templo y nos fuimos caminando rumbo al panteón. Los hombres de mi familia materna y paterna, así como amigos y conocidos de mis padres, cargaban en hombros el ataúd, turnándose en pequeñas distancias, como es frecuente en esas ocasiones en Los Campos. Yo iba caminando viendo al piso de pavimento desgastado por el uso y falta de mantenimiento. Levantaba la vista de vez en cuando y observaba el entorno descolorido, como una imagen editada con un filtro de desaturación. El sol seguramente quemaba, era alrededor de la una de la tarde del 13 de mayo, pero yo era incapaz de sentir ese calor.

Seguíamos avanzando rumbo al panteón. Hicimos una pausa justo al llegar frente a la casa de mis abuelitos maternos. Mi abuelito pidió que ingresaran el ataúd para despedir a mi mamá de la casa en la que vivió su infancia y juventud, hasta que se casó. La casa de sus padres y sus abuelos paternos, la primera casa de mi mamá.

Los hombres que en ese momento llevaban el ataúd en hombros, entraron sin bajarlo, se detuvieron un momento como presentando el cuerpo en esa tierra y salieron para continuar nuestro camino.

Casi llegando al panteón, se acercó mi amiga de la infancia, la que era inseparable y con la que comparto mi nombre. Iba acompañada de su novio y aunque lo llevaba tomado de la mano con la otra tomó la mía. Él había sido nuestro compañero de grupo en primaria y su mamá y su papá eran amigos cercanos de mis padres. Así que todos los que nos acompañaban tenían un lazo fuerte con la familia.

Al entrar al panteón ya estaba lista la bóveda en la que sería sepultada mi mamá, construida por uno de sus compadres que le pidió a mi papá que le permitiera a él darle ese último regalo a su comadre. Mientras introducían el ataúd en la bóveda y la cerraban con tabique y mezcla de cemento, yo estaba de pie al lado de mi papá tomándolo del brazo y creo que mis hermanos estaban del otro lado, aunque no estoy segura. Sólo recuerdo las palabras de mi papá:

—¡Hijos abrácenme, hoy es mi aniversario de bodas!

Veintinueve años antes él y mi mamá se estaban casando... Un 13 de mayo ellos se convirtieron en esposos y un 13 de mayo él estaba sepultando a su esposa. Lo abrazamos, supongo con la expresión más triste en nuestros rostros, en las peores circunstancias para felicitar a alguien por su aniversario. Yo seguía sin llorar, pero estaba rodeada de sollozos y llanto de muchos de los presentes.

Luego nos fuimos a la casa de mis abuelitos paternos, la esposa de uno de mis tíos se había encargado de preparar comida para toda la familia, decía que “con todo y pesar, tenemos que comer”. Mientras estábamos ahí, mi abuelita y mi tía maternas me pidieron que platicáramos en uno de los cuartos, las tres, a solas. Mi abuelita tomó la palabra:

—Hija, queremos pedirte que cuides mucho a tus hermanos y a tu papá. Cuida mucho a Isi, él está chiquito. Tú eres la indicada, como ya no está tu mamá ahora eres la mujer de la casa.

—Lo siento mucho de verdad, pero no voy a tomar el lugar de mi mamá. Ni puedo ni quiero. Nadie puede ocupar su lugar y no voy a ser yo quien quiera intentarlo siquiera. La mamá de Isi sigue siendo mi mamá y no va a tener otra. No porque haya fallecido deja de ser nuestra madre.

—Pero él está muy chiquito y necesita de cuidados. Si vivieran aquí, nosotras lo cuidaríamos, pero ustedes están allá en Aguascalientes y nosotras aquí.

—Sí, lo sé y yo lo cuidaré y ayudaré en la casa en lo que pueda, como todos lo debemos hacer. Pero yo no soy su mamá, yo sigo siendo su hermana y también yo perdí a mi mamá. No voy a dejar de trabajar para dedicarme a ser ama de casa. El tiempo va a pasar, mis hermanos y mi papá van a seguir con su vida... ¿y yo?... No voy a renunciar a mi vida, no voy a dejar de ser quien soy para quedarme sola cuando ellos ya no me necesiten.

—Está bien.

Tuve que armarme de todo el valor que pude para mantenerme firme frente a ellas, principalmente frente a mi abuelita, y no porque fuera autoritaria, sino por todo lo contrario. Esa mujer siempre cariñosa con todos sus nietos, incluida yo. Ella, que solamente conoció a su madre por medio de fotografías, pues falleció cuando ella tenía tres o cuatro meses de nacida. Ella que era un ejemplo de amor, paciencia y amabilidad para familiares, amigos y conocidos. Decirle que no fue muy complicado para mí y supongo que también para ella fue muy duro escuchar mi respuesta, pero no podía mentirle y creo que lo entendió.

* * *

Yo no quería asumir el papel de madre, no quería y no podía ser el pilar de la familia, no me iba a sacrificar para que mi sacrificio cohesionara y uniera a la familia (Gamboa y Orozco, 2012).¹ Toda mi vida había luchado por poder tomar mis decisiones, por ser dueña de mi tiempo, de mi cuerpo, de mis acciones. Aunque nunca discutí con mi mamá porque yo no tenía novio, ni porque no había señales de que quisiera ser madre algún día y era claro que la sola idea de imaginarme como ama de casa me disgustaba, pienso que ella tenía la esperanza de que en algún momento recapacitara o sintiera la necesidad de formar una familia, como ella lo hizo. El tener esa sensación de lo que ella esperaba de mí, su única hija mujer, significaba y todavía hoy significa una lucha interna para mí. No había necesidad de estar discutiendo por esos temas para saber que en cierta medida estaba defraudando a mi mamá.

Ella aprendió a ser madre desde niña, desempeñó ese rol atendiendo a mi abuelito y a mis tíos maternos debido a las frecuentes enfermedades de mi abuelita y sus correspondientes temporadas de hospitalización, cirugías y demás cuidados médicos. Fue por mucho tiempo la única hija mujer de la familia, teniendo dos hermanos mayores y tres menores, hasta que nació mi tía, la menor de todos. Entiendo que debido a eso asumió que a ella le correspondía atenderlos a todos, incluidas mi abuelita y mi tía cuando lo requerían.

A los 18 años se casó, casi un año después nació yo y después mis hermanos. Desempeñó el papel de madre siendo niña y siendo adulta. Frecuentemente pienso en el hecho de que su fecha de cumpleaños haya sido el 10 de mayo, como si de alguna manera estuviera predestinada a ser madre. También pienso en la mía, como si al haber nacido el Día del Niño indicara que siempre iba a querer ser niña, independientemente de mi edad. No creo en el destino, pero no deja de causarme inquietud lo significativo de las fechas en esta nuestra vida.

* * *

1 Según Gamboa y Orozco, “Desde las ideologías dominantes de género [] También las mujeres sostienen la maternidad de otro modo, como pilares de la familia. Se plantean su supuesto amor incondicional, su perseverancia, **pero sobre todo su sacrificio, como los elementos garantes de la buena marcha de la familia, como aquello que cohesiona y une a la familia.** No hay nada que una madre no hiciera por sus hijos, por el bien de la familia. Este lugar de sostén que ocupan las mujeres en las familias tradicionales es al mismo tiempo el lugar que las sostiene, lo que propicia el erguimiento de un poder tal, el materno, que se apropia de la mujer impidiéndole ver para otro lado” (p. 53). Las negritas son mías.

Regresamos a Aguascalientes, creo que el lunes, pues recuerdo que llegando me bañé después de varios días de no hacerlo. Me vestí y salí de la casa para dirigirme a unas oficinas a llevar unos documentos sobre un proyecto de educación artística que unos meses antes estaba preparando para enviar a una convocatoria. Intentaba seguir con mis planes y al mismo tiempo tener motivos para no estar en casa.

Al irme, vi a mi papá lavar la bata que usaba mi mamá al momento de fallecer y que estaba sucia por el vómito que la asfixió. Recuerdo que pensé: “¿Cómo puede hacer eso? ¿Cómo puede tener la fortaleza para tocar ese vómito que representa la muerte de mi mamá? Yo no tengo esa fortaleza, yo la tiraría a la basura”. Yo sentía miedo de que el vómito pudiera transmitir alguna infección y nos enfermáramos. Todavía recuerdo el olor de esa bata y del momento en que mi mamá se asfixió, todavía puedo sentir, aunque levemente, el sabor amargo que quedó penetrado en mi boca y que relacioné con ese olor. Ese sabor que, durante los días siguientes, intentaba quitarme comiendo cucharadas de azúcar... Los pensé como el olor y sabor de la muerte.

Los siguientes días, cuando yo estaba sola en casa sentía cierta energía y quería pensar que cada ruido que escuchaba era la presencia de mi mamá, no como fantasma, sino como una energía que me hacía sentir que no se había ido del todo.

Los nueve días que siguieron, por la tarde-noche, vecinas y algunos familiares asistían a nuestra casa en Aguascalientes para rezar el novenario pidiendo por el alma de mi madre. Lo mismo sucedía en nuestra casa de Los Campos, allá el rosario estaba a cargo de mis abuelitas y también se reunían amigas y familiares que viven en el pueblo. Ya que el novenario terminaba entre semana, allá decidieron continuar rezando los días siguientes hasta que llegara el sábado y nosotros asistiéramos a levantar la cruz (me parece que de cal) que habían puesto en el piso en el lugar donde había estado el ataúd.

Así, el sábado que volvimos rezaron el último rosario, yo no participé. Estaba en la habitación en la que generalmente duermo, cuya ventana da a la sala, en donde rezaban. Estaba acostada a oscuras escuchando las oraciones... al terminar cada misterio cantaban a coro fragmentos de canciones religiosas... “Oh, José tu favor imploramos,/en tus brazos queremos morir/y después de morir esperamos/hasta el cielo contigo subir/ [...]”.

Escuchar ese canto me despertó recuerdos de mi infancia, rezando con mi mamá, en esa calle de Los Alamos (en Los Campos). Recordé escuchar

a mi mamá, junto con otras mujeres, cantar esa canción a San José cuando se trasladaba la imagen del santo desde Letras a Los Campos para festejarlo el 19 de marzo... Comencé a llorar como una niña pequeña, como la de los recuerdos que se hicieron presentes en ese momento. Como si esa niña que era, y soy yo misma, se diera cuenta en ese instante de que su mamá falleció. No había llorado frente a mi mamá agonizando ni durante el funeral, ni los días siguientes, hasta ese momento y entonces sentía que no podía parar.

Cuando terminó el rosario era el momento de levantar la cruz. Mi papá había contratado a un grupo de señores que tocaban música de un género que desconozco. Eran hombres como de la edad de mis abuelitos, pero no recuerdo mucho más de ellos. Sólo sé que tocaban y cantaban de una forma tan triste que supongo se trataba de una especie de marcha fúnebre.

Ahí estábamos mi papá, mis tres hermanos y yo levantando esa cruz, rodeados de nuestros familiares más cercanos, todos llorando, al vernos levantar ese polvo como si éste fuera una extensión del cuerpo de mi mamá y le dijéramos nuevamente adiós.

En todo ese entorno me preguntaba si llevar a esos músicos no era ya demasiado drama, ¿no era como echarle sal a la herida? Tal vez lo era, pero no fue algo que yo pudiera decidir ni tampoco estaba segura de que al faltar la música el dolor hubiera sido menor.

* * *

Dos semanas después hubo un taller en la Universidad de las Artes, de donde egresé. El taller era sobre arte y archivo y fue impartido por Mónica Mayer, una artista feminista. Acudí a tomarlo, en el esfuerzo por continuar con mi vida. Aunque Mónica nos habló de archivos, también nos mencionó una acción performática que había desarrollado en conjunto con otras artistas y activistas en la Ciudad de México. La acción fue titulada “La protesta del día después”, haciendo alusión a la fecha en la que se realizó (el 11 de mayo, un día después del Día de la Madre) y me parece que también con referencia a la píldora del día siguiente (método anticonceptivo de emergencia).

En esa acción-marcha, Mónica, otras mujeres y algunos hombres, llevaban pancartas y recitaban la frase “Una maternidad secuestrada es” seguida de respuestas como tener que elegir entre tener una familia y una carrera, que te digan que estás obligada a tener los hijos que dios te mande, embarazarse por no saber que existen los anticonceptivos, que te digan que sólo serás una

verdadera mujer cuando seas madre, que te digan que eres egoísta porque no quieres ser madre, que te pongan a atender a tus hermanos para que aprendas a cuidar a tus hijos, entre muchas otras.²

Otra vez la coincidencia de las fechas... La marcha denunciando distintas situaciones que representan el secuestro de la maternidad se llevó a cabo justo el mismo día que mi madre murió. Mientras escuchaba a Mónica contarnos sobre la acción, imaginaba dos escenarios simultáneos: el primero, la habitación de mis padres y en ella yo al lado de mi madre agonizando; y el segundo, el zócalo de la Ciudad de México con un grupo de mujeres y hombres protestando contra distintos factores legales, médicos, sociales que, al limitar, mutilar, forzar o imponer la maternidad, impiden el ejercicio de maternidades dignas, voluntarias y dichosas.

Aunque ya había pensado hacer algo con los hilos de colores de mi mamá con los que bordaba las servilletas, casi siempre en punto de cruz, fue mientras tomaba el taller con Mónica Mayer que tomé la decisión de usarlos para una pieza en la que invitaría a las mujeres cercanas a mi madre a bordar una frase. Ésta haría referencia a lo que yo le decía a mí mamá cuando estaba enferma: “Primero piense en usted”.

Mi idea era realizar sesiones con varios grupos de mujeres, algunas que viven en Aguascalientes y otras en Los Campos, para invitarlas a bordar, proporcionándoles tela, aros, aguja y además hilos de los que dejó mi madre. También contemplaba la posibilidad de enseñar a bordar a quienes no supieran, pues mi madre me había enseñado el punto de cruz, insistiéndome incluso que el reverso debía mostrar el hilo en un solo sentido. De esta manera, esa actividad requería paciencia, conocimiento y un cierto grado de destreza mental para hacerla bien.

No tengo claro cuánto tiempo pasó antes de que tuviera el valor de comenzar a plantear esta actividad a mi abuelita y a mi tía materna, y posteriormente a mis primas y a las esposas de mis tíos, pero llevamos a cabo varias sesiones en

2 Como parte del mismo proyecto, Mónica Mayer también creó un grupo de Facebook llamado “Una maternidad secuestrada es:”, al que me uní luego de tomar el taller con esta artista y en el que participan muchas mujeres, hasta la fecha, abordando cuestiones vinculadas con la maternidad desde una perspectiva feminista. Una parte del texto que congregó a las mujeres participantes, citado en el mismo sitio, señala: “¿Quién define lo que es la maternidad y cómo la asumimos? ¿Qué mecanismos se ejercen desde la familia, la escuela y la sociedad para imponer las ideas rígidas de la maternidad que muchas rechazamos? ¿Cómo se nos obliga a ser madres o cómo se nos niega la libertad de serlo?”

las que yo les proporcioné los materiales y enseñé a bordar a algunas de ellas como lo había previsto. Sin embargo, algo que no pude hacer fue explicar del todo por qué estábamos bordando las frases “Primero pienso en mí”, “Primero piense en usted” o “Primero piensa en ti”, según las tres variantes que diseñé. No lo expliqué porque, a pesar de que tenía la intención de hacerlo, al último momento me sentía insegura y sabía que si lo intentaba mi voz se iba a quebrar, iba a romper en llanto y no podría hablar.

En este proceso surgieron cosas que me sorprendieron de forma positiva: inesperadamente, también algunos de mis primos (niños y adolescentes hombres) se interesaron por bordar y estuvieron haciéndolo por momentos. Me resultó muy conmovedor cuando vi que uno de mis primos que perdió un brazo en un accidente algunos años antes (siendo muy pequeño) tomaba la aguja con el hilo mientras otro de nuestros primos le sostenía los aros con la tela tensada para que pudiera introducir la aguja. Asimismo, me entusiasmó ver a mi abuelita materna usar sus lentes con muchísimo aumento para bordar las servilletas y me impresionó saber que se interesó tanto, al punto de que luego decidió agregarles el bordado de canastas con flores o pajaritos que ella misma creó usando su imaginación, es decir, sin copiar una plantilla.

Aunque todavía hoy considero que el proyecto quedó truncado al no hacer sesiones con más mujeres cercanas a mi madre, tal como lo había planeado, y al no mencionar el motivo de las frases bordadas en las sesiones que sí se llevaron a cabo, los resultados que obtuve son valiosos para mí, pues tengo fotografías, videos y servilletas de ese proceso. Además, no he descartado la posibilidad de retomar la actividad en un futuro.

* * *



Figura 1.



Figura 2.



Figura 3.

Figura 1. Sesión de bordado. Fotografía: Bere Cortés Campos.

Figura 2. Sesión de bordado. Fotografía: Bere Cortés Campos.

Figura 3. "Primero pienso en mí". Fotografía: Bere Cortés Campos.

El tiempo iba pasando y se acercaba el primer aniversario luctuoso de mi mamá cuando mi papá decidió organizar una comida en Los Campos para familiares y amigos cercanos en recuerdo y homenaje a la vida de mi madre. Entonces me pidió que hiciera un video con las fotos de mi mamá y una lista de canciones que él y mis hermanos habían elegido.

Ellos se trasladaron a Los Campos un día antes del homenaje para encargarse de organizar lo necesario para la comida, yo me quedé en casa en Aguascalientes y estuve casi toda la noche realizando tres videos. Los más complicados que he hecho. Editaba unos segundos y al ver y escuchar el avance, lloraba "a grito abierto" (como dicen en mi pueblo).

Esta vez yo les canto con dolor.
Mi cantar tiene matices de tristeza.
A quien le debo lo que tengo y lo que soy
humildemente le dedico mi canción.

Nuestra casa sin ti ya no es igual.
 El rostro de papá se ha transformado.
 Su mirada has de saber cuánto ha llorado
 desde el día en que en nuestra casa ya no estás.

Inolvidable amor, inolvidable
 es el tuyo querida, cómo no recordarte
 inolvidable amor, inolvidable.
 Cuánta falta nos hace tu cariño, mamá (...)
 (Los Yonic's)

Casi no dormí, pero al día siguiente me fui a Los Campos. Por la noche, mientras estábamos reunidos, mi papá les comentaba a sus compadres y algunos de mis tíos que él me había pedido que hiciera algunos videos en homenaje a mi mamá y que sabía todo lo que me había costado hacerlos. No pude decir palabra alguna, lloraba en silencio mientras veíamos los tres videos que hice utilizando canciones que me había proporcionado mi papá y que le gustaban tanto a él como a mi mamá.

La vida siguió su curso y muchas veces me he sentido culpable por seguir sin ella. Los cuatro primeros años todavía me sorprendía a mí misma diciéndome internamente “le voy a preguntar a mi mamá” cuando me surgía alguna duda sobre algo que ella sabría y en el instante caía en la cuenta de que ya no le podía preguntar, de que ya no estaba físicamente.

Ya casi no la sueño, pero en todos los sueños que he tenido después de que falleció, ella está viva. Nunca la he soñado como fantasma, ni nada por el estilo. En mis sueños está viva, sana y contenta. En el que tengo más presente, ella llegaba del hospital vestida con un traje verde, subía la escalera, de manera que yo salía apresurada a recibirla mientras ella me decía: “Ya regresé hija, ya estoy bien”.

Han pasado más de siete años... Me han dicho que ya no le llore, que la deje descansar en paz. Otras personas me dicen que ya la deje ir, que no piense tanto en ella. Pero, ¿cómo podría hacerlo?... Según Gilberto Giménez, cada una de las personas entrañables de nuestra red personal de relaciones íntimas funciona como alter ego, es decir como otro yo, como extensión y doble de uno mismo. De manera que la desaparición de tales personas, ya sea por alejamiento o por muerte, “se sentiría como una herida, como una mutilación, como una incompletud dolorosa” (2007, p. 65).

Así, la muerte de mi mamá significaría que una parte de mí murió con ella. Quizá eso es lo que no quiero aceptar, tal vez soy muy egoísta y lo que quiero es mantenerme a mí completa. Pero así como ella era una parte muy importante de mi vida, yo misma soy una extensión suya. No sólo genéticamente. También me educó y permitió que fuera quien soy, me dio la posibilidad de tomar mis decisiones, de ser dueña de mi vida y de mi cuerpo, a pesar de lo difícil que imagino era para ella. Lamentablemente me di cuenta hasta que ya no estuvo físicamente a mi lado.

No pretendo hacer una apología del dolor, sé que debo intentar pensar “primero en mí” y cuidar mi salud mental y emocional... Aunque tengo muchos recuerdos tristes sobre ella, tengo también muchos otros que son alegres. La recuerdo llorando de risa, bailando con mi tío en las fiestas y también en casa cantando con mi papá:

—¿Me quieres?

—Te quiero. Por ti yo siento un cariño,
desde que éramos niños
yo te quiero y también te amo
[...]

Es tan hermoso saber que en ti piensa otro ser y al fin de este siglo.

Tú y yo somos alguien que tienen y sienten cariño sincero.

Por eso siempre tú y yo vivimos así, felices, serenos.

Tú cuentas conmigo, yo cuento contigo
en cualquier instante y en cualquier terreno. [...]

(Juan Gabriel)

En mi mente y en mi corazón sigue viva... vive en mis recuerdos. No creo que pueda, pero en todo caso, no quiero olvidarla.



Figura 4. Teresa Campos Cano, mi madre. Fotografía: Colección personal.

Referencias

- Aguilera, A. (s/f). *El destino* (canción interpretada por Juan Gabriel acompañado de Rocío Durcal). Video consultado en el sitio <https://www.youtube.com/watch?v=gYBfh2sVDY>.
- Gamboa, F. y Orozco, M. (2012). De madres e hijas y nuevas maternidades. *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, 36, 2012. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_abstract&pid=S1405-94362012000200004&lng=es&nrm=iso.
- Giménez, G. (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Conaculta-ITESO.
- Mayer, M. (2012). *Una maternidad secuestrada es:* (Grupo público de Facebook) <https://www.facebook.com/groups/UnaMaternidadSecuestradaEs/about/>.
- Mayer, M. (2013). La protesta del día después, un año después. *De archivos y redes: un proyecto sobre la integración y reactivación de archivos*. Recuperado de: <http://www.pintomiraya.com/redes/archivo-ana-victoria-jimenez/item/94-la-protesta-del-d%C3%ADa-despu>.
- Quevedo, R. (s/f). *Inolvidable amor* (canción interpretada por el grupo musical llamado Los Yonic's).

